

recuperación de un estado que había sido de España tanto tiempo, y este principio se tuvo por feliz presagio de las hostilidades emprendidas contra el emperador (1).

Así, aunque el cardenal no hubiera sido el autor de esta expedición, ni la conquista de Cerdeña fuese por sí sola de grandes consecuencias, despertó por una parte al emperador, que no dejó de reclamar el apoyo de las tres potencias aliadas, por otra alentó á Alberoni á seguir el próspero viento de la fortuna preparándose para mayores empresas. Estos preparativos los hizo con una actividad que asombró á todo el mundo, y en tan grande escala, que nadie concebía cómo de una nación poco antes exhausta y agotada, y tan trabajada recientemente de guerras interiores y exteriores, podían salir recursos tan gigantescos. Porque de todo se hacía provision en abundancia; armas, municiones, artillería, tropas, vestuarios, naves, víveres, caballos, todo se levantaba, acopiaba y organizaba con tal presteza, que á propios y extraños causaba maravilla. Hasta los miqueletes de las montañas de Cataluña y Aragón, pocos años antes tan enemigos del rey don Felipe, supo atraer con su política Alberoni, y formar con ellos cuerpos disciplinados: hasta de los contrabandistas de Sierra Morena hizo y organizó dos regimientos. Ni en los tiempos de Fernando el Católico, de Carlos V y de Felipe II se aprestó una expedición tan bien abastecida de todo lo necesario y en tan breve tiempo, siendo lo más admirable que para tan inmensos gastos no impusiera al reino nuevas contribuciones; y es que, como dice un autor contemporáneo, nada apasionado del cardenal, quiso Alberoni hacer ver al mundo á dónde llegaban las fuerzas y recursos de la monarquía española cuando era bien administrado su erario (2).

Y es que también, además del impulso que supo dar á todos los resortes de la máquina del Estado, y de las severas reformas económicas que hizo en todos los ramos y en todos los establecimientos públicos, sin exceptuar la real casa, despertó de tal modo el patriotismo de los españoles, que todo el mundo acudía presuroso á socorrer al gobierno con donativos voluntarios; y tampoco dejó de percibir las contribuciones eclesiásticas, no obstante haber revocado el papa las bulas en que había otorgado el subsidio. Porque el papa, vivamente resentido del proceder del rey y de Alberoni, é instigado y apretado por los alemanes, se condujo de modo que volvió á romperse la recién restablecida armonía entre España y la Santa Sede, á prohibirse otra vez el comercio entre ambas cortes y á cerrarse la nunciatura (3).

Recelosa Francia é Inglaterra del grande armamento que se hacía en España, trabajaron á fin de evitar la guerra, y al efecto enviaron á Madrid, la una al coronel Stanhope, la otra al marqués de Nancré, con proposiciones para un arreglo con el emperador, que consistía en reconocer los derechos de la reina á los ducados de Parma y Toscana, consintiendo el rey en cambio en la cesión de Sicilia. Mas contra la esperanza general la proposición de los dos ministros fué recibida por Alberoni con altivo desprecio. Lo de Parma y Toscana era en concepto del cardenal poca cosa para satisfacer á su soberano; echábase en cara que al firmar la paz no habían cuidado de establecer el equilibrio europeo, y negábase á consentir en ningún género de transacción, mientras al emperador se le conservara tanto poder, y no se le imposibilitara de turbar la neutralidad de Italia. Y solo á fuerza de instancias y empeños pareció consentir Alberoni en los preliminares propuestos por los ministros inglés y francés, y en enviar un plenipotenciario español á Inglaterra (4).

Mas como el gobierno de la Gran Bretaña se convenciese de que las palabras de Alberoni no tenían otro objeto que

(1) Belando, Historia civil, part. III, capítulos 35 á 39.—San Felipe, Comentarios, tomo II.—Macanaz en varios lugares de sus Memorias manuscritas para la Historia del gobierno de España.—Gacetas de Madrid de 1717.

(2) El marqués de San Felipe, Comentarios, tom. II.

(3) Belando, Historia civil, part. IV, capítulos 20 y 21.—San Felipe, Comentarios, tomo III.—Macanaz, Relacion histórica de los sucesos acaecidos entre las cortes de España y Roma, MS.—Diremos mas adelante cómo fué este nuevo rompimiento con la Santa Sede.

(4) Cartas de Stanhope y Doddington al lord Stanhope.

ganar tiempo y entretener á los aliados, dejó de contemporizar y resolvió obligar á Felipe á dar su consentimiento, decidido en otro caso á tratar con el emperador para emprender la guerra de España. El ministro francés se conducía con otra política. Al tiempo que Nancré trataba con mucha consideración á Alberoni, Saint-Agnan fomentaba el partido de los descontentos, obrando uno y otro con arreglo á instrucciones del regente. Pero Alberoni, á cuya perspicaz penetración no se ocultaba esta doblez del regente de Francia, le correspondía excitando contra él las sospechas de la grandeza española y los celos del embajador británico.

Al fin la Inglaterra, fingiéndose cansada de tantas dilaciones, y so pretexto de que la ocupación de Cerdeña era una violación de la neutralidad de Italia que ella estaba encargada de garantizar, y de que la cesión de Sicilia había sido uno de los principales artículos de los tratados de Utrecht, se decidió abiertamente á equipar una escuadra que cruzase el Mediterráneo y protegiera las costas de Italia, suponiendo que tan considerable armamento impondría á la corte española y detendría sus planes. Esta medida produjo una nota acre y virulenta de nuestro embajador Monteleon, inquietó vivamente á Felipe, y exasperó á Alberoni, el cual escribía, entre otras cosas no menos fuertes: «Cada día anuncian los diarios que vuestro ministerio no es ya inglés, sino alemán; que se ha vendido bajamente á la corte de Viena; que por medio de intrigas, tan comunes en ese país, se trata de armar un lazo á esta nación.» Y amenazaba con que su soberano no cumpliría el tratado de comercio hecho últimamente tan en ventaja de Inglaterra hasta conocer el verdadero objeto de aquellos preparativos y ver el desenlace de aquel drama (abril, 1718).

Tocó entonces otro resorte Alberoni: con el fin de indisponer al emperador con el rey de Sicilia, Víctor Amadeo, y poner á este en el caso de entregar por sí mismo aquel reino á España, ofrecióle cederle los derechos del monarca al Milanesado, y para que pudiera apoderarse de él, España le daría quince mil hombres y un millón de reales de á ocho para los gastos de la guerra, atacando entre tanto el reino de Nápoles para distraer las fuerzas del Imperio. Y de intento dejó Alberoni traspirar estas proposiciones para hacer al saboyano sospechoso al emperador y á los gobiernos de Francia é Inglaterra. Pero Víctor Amadeo, que penetró las intenciones del cardenal, porque no le faltaba perspicacia, que esquivaba meterse en una empresa de muy difícil éxito, dado que las palabras de Alberoni le fuesen cumplidas, porque sabía además la alianza que se estaba tratando entre Inglaterra, Francia y el Imperio, contestó al ministro español proponiéndole condiciones inaceptables, y que revelaron al cardenal la desconfianza que en él tenía y su poca disposición á entrar en su plan, al cual por lo mismo renunció también Alberoni (5).

Mas no renunció á buscar en todas partes enemigos y suscitó embarazos á las potencias aliadas. Ofreció auxilios de dinero al rey de Suecia, si hacía una guerra que distrajera las armas de la casa de Austria: trató al mismo fin con el agente del rey de Polonia en Venecia: siguió correspondencia con Rugottki, soberano desterrado de Transilvania: fomentó en Francia las facciones de los descontentos con el duque de Orleans: atizaba las discordias intestinas de Inglaterra, y aivaba los celos comerciales de los holandeses, á quienes procuraba seducir con la esperanza de que conseguirían los mismos privilegios que se habían concedido á la Gran Bretaña. Y no obstante el poco efecto de algunas de estas gestiones, y lo infructuoso de otras; y á pesar de los artículos convenidos entre las potencias de la triple alianza contrarios á los proyectos del monarca español y de su ministro; y sin embargo de los preparativos de la armada inglesa, y de tener el emperador en Alemania ochenta mil hombres, á la sazón desocupados y dispuestos á caer sobre Italia, Alberoni, con un valor que parecía incomprendible, no quiso desistir de su empeño, y fiando su grande empresa, parte á la habilidad y

(5) Carta de don Miguel Fernandez Duran al marqués de Villamar, embajador en Turin: en Belando, part. IV, cap. 24.—San Felipe, Comentarios, tomo II.

parte á la fortuna, mandó salir de Barcelona la armada que dispuesta tenía (18 de junio, 1718), compuesta de veintidos navíos de línea, tres mercantes armados en guerra, cuatro galeras, dos balandras, un galeote, y trescientos cuarenta barcos de transporte: iban en ella treinta mil hombres, al mando del marqués de Ledesma, de ellos cuatro regimientos de dragones, y ocho batallones de guardias españolas y walonas, «gente esforzada, que cada soldado podía ser un oficial,» dice un escritor de aquel tiempo. «Nunca se ha visto, añade el mismo, armada mas bien abastecida; no faltaba la menudencia mas despreciable, y ya escarmentados de lo que en Cerdeña había sucedido, traían ciento cincuenta y cinco mil faginas, y quinientos mil piquetes para trincheras: se pusieron víveres para todo este armamento para cuatro meses.»

«Las grandes potencias de Europa, dice un historiador extranjero, vieron con asombro que España, como el león, emblema de sus armas, despertaba tras de un siglo de letargo, desplegando un vigor y una firmeza dignos de los mas brillantes tiempos de la monarquía, haciendo temer que se renovase una guerra á que apenas acababa de poner término el tratado de Utrecht (1).»

En otro capítulo daremos cuenta del resultado de esta célebre expedición.

CAPITULO XI

Expedición naval á Sicilia.—La cuádruple alianza.

—Caída de Alberoni

DE 1718 Á 1720

Progresos de la expedición.—Fáciles conquistas de los españoles en Sicilia.—Aparécese la escuadra inglesa.—Acomete y derrota la española.—Alianza entre Francia, Austria é Inglaterra.—Proposición que hacen á España.—Recházala bruscamente Alberoni.—Quejas y reconvenções de España á Inglaterra por el suceso de las escuadras.—Represalias.—Declaran la guerra los ingleses.—Intrigas de Alberoni contra Inglaterra.—Conjuración contra el regente de Francia.—Cómo se descubrió.—Medidas del regente.—Prisiones.—Manifiesto de Felipe V.—Francia declara también la guerra á España.—Campaña de Sicilia.—Combate de Melazzo.—Los imperiales.—El duque de Saboya.—Cuádruple alianza.—España sola contra las cuatro potencias.—Desastre de la armada destinada por Alberoni contra Escocia.—Pasa un ejército francés el Pirineo.—Sale Felipe V á campaña.—Apodéranse los franceses de Fuenterabía y San Sebastian.—Frustradas esperanzas de Felipe.—Vuelve apesadumbrado á Madrid.—Invasión de franceses por Cataluña.—Toman á Urgel.—Sitio de Rosas.—Contratiempos de los españoles en Sicilia.—Admirable valor de nuestras tropas.—Armada inglesa en Galicia.—Los holandeses se adhieren á la cuádruple alianza.—Decae Alberoni de la gracia del rey.—Esfuerzos que hace por sostenerse.—Conjúrnanse todas las potencias por derribarle.—Póleno como condicion para la paz.—Decreto de Felipe expulsando á Alberoni de España.—Salida del cardenal.—Ocupanse sus papeles.—Breve reseña de la vida de Alberoni desde su salida de España.

Todo lo perteneciente á la expedición que en el anterior capítulo dejamos dado á la vela, había corrido á cargo de don José Patiño, intendente general de mar y tierra, hombre de la mayor confianza de Alberoni, y á quien este había conferido plena autoridad, así para los aprestos y organización de la armada, como para sus operaciones, tanto que los jefes de la expedición llevaban instrucciones de obedecerle en cuantas órdenes les diera en nombre del rey. Habíase también prevenido que los pliegos que llevaban no los abriesen sino en días y lugares determinados: con todo este misterio se conducía aquella empresa.

Abrióse el primer pliego en Cerdeña, en la bahía de Cagliari (Cagliari), donde se les unió el teniente general Armendariz con las tropas que allí tenía, y junto todo el armamento siguió su rumbo á Sicilia, hasta dar fondo en el cabo de Salento (1.º de julio, 1718), donde desembarcaron las tropas. Abrióse allí el otro pliego, y se declaró al marqués de Ledesma capitán general de aquel ejército y virey de Sicilia. A los dos días marchó la expedición sobre Palermo: el conde Maffei que la gobernaba se retiró á Siracusa, dejando guarnición en el

(1) William Coxe, España bajo el reinado de la casa de Borbon, capítulo 28.

castillo. Gran parte de la nobleza siciliana acudió á presentarse al marqués de Ledesma, y los diputados de la ciudad salieron á ofrecerla al rey Católico, pidiendo solo que les fueran conservados sus privilegios. Los españoles entraron en la ciudad, y batido el castillo se rindió á los pocos días á discreción (13 de julio, 1718). Destacáronse fuerzas sobre varias plazas y ciudades de la isla. Tomóse Castellamare: al bloquear á Trápani vinieron las milicias del país á unirse con los españoles, matando ellas mismas á los piamonteses: la ciudad de Catana hizo prisionera la guarnición piamontesa y aclamó al rey don Felipe: en Mesina el pueblo mismo la hizo retirar á la ciudadela: Términi y su castillo se rindieron á discreción (4 de agosto); y Siracusa, desamparada por Maffei, fué ocupada por don José Vallejo y el marqués de Villa-Alegre. Las galeras sicilianas se refugiaron á Malta, donde acudió don Baltasar de Guevara á pedir las al Gran Maestre, el cual se negó á entregarlas diciendo que aquel era un territorio neutral, y él no era juez de las diferencias de los príncipes.

Con esta rapidez y con tan felices auspicios marchaba la conquista de Sicilia, cuando se presentó en aquellas costas la escuadra inglesa, mandada por el almirante Jorge Byng, y compuesta de veinte navíos de guerra, el que menos de cincuenta cañones. Y como estaba ya acordada por las potencias la trasmisión de Sicilia al emperador, el almirante inglés protegió el paso de tres mil alemanes á reforzar la ciudadela de Mesina. Con esto los españoles se retiraron hácia el Mediodía. Propúsoles Byng una suspensión de armas, y como no fuese aceptada, se hizo á la vela, y encontráronse ambas escuadras (11 de agosto) en las aguas de Siracusa. Aun no se presentaban los ingleses abiertamente como enemigos, porque habiéndose quejado el marqués de Ledesma á un oficial enviado del almirante de que hubiese escoltado tropas alemanas, respondió que aquel no era acto de hostilidad, sino de protección á quien se amparaba del pabellón británico. Acaso cierta credulidad de los españoles en este dicho fué causa de que el jefe de nuestra escuadra don Antonio Gastañeta esperara á la capa á la de los ingleses, superior en fuerzas, y en la pericia y práctica de sus marinos; y aunque lo más acertado habría sido que se retirara á sus puertos hecho el desembarco, sin duda no se atrevió á hacerlo, por no estarle mandado ni por Alberoni, ni por Patiño. Ello es que mezcladas ya ambas escuadras, vió Gastañeta que no era tiempo ya de evitar el combate, y comenzó este faltando la brisa á los españoles, y favoreciendo el viento á los ingleses, y en ocasión que el marqués de Mari con algunos buques se hallaba separado del cuerpo principal de nuestra armada. Y así fué que desordenados y separados nuestros navíos, fueron casi todos embestidos aisladamente por fuerzas superiores, y unos tras otros se vieron obligados á rendirse, aunque no sin pelear con admirable denuedo. Toda la escuadra española á excepción de cuatro navíos y seis fragatas que lograron escapar, fué destruida ó apresada, cayendo prisionero el general en jefe después de mortalmente herido. La misma suerte tuvo la flota del marqués de Mari, arrojada á la ribera de Aosta (11 y 12 de agosto, 1718).

«Esta es la derrota de la armada española (dice desapasionadamente un escritor de nuestra nación después de describir la pelea), voluntariamente padecida en el golfo de Aroich, canal de Malta, donde sufrió un combate sin línea ni disposición militar, atacando los ingleses á las naves españolas á su arbitrio, porque estaban divididas. No fué batalla, sino un desarreglado combate, que redundaba en mayor desdoro de la conducta de los españoles, aunque mostraron imponderable valor, mas que los ingleses, que nunca quisieron abordar por mas que lo procuraron los españoles. El comandante inglés dió libertad á los oficiales prisioneros, y envió uno de los suyos al marqués de Ledesma, excusando aquella acción como cosa accidental, y no movida de ellos, sino de los españoles que tiraron el primer cañonazo; cierto es que la escuadra de Mari disparó los primeros, cuando vió que se le echaron encima para aborzarle (2).»

(2) El marqués de San Felipe, Comentarios, tom. II, A. 1718.—Belando, Historia civil, part. III, caps. 39 á 44.—Correspondencia del al-

En tanto que esto pasaba en Sicilia, se habían comunicado á Madrid las condiciones del tratado entre Austria, Francia é Inglaterra. Eran las principales la cesion de Sicilia al emperador, la reversion de Parma y Toscana al príncipe Carlos, hijo de Felipe V y de Isabel de Farnesio, la adjudicacion de la Cerdeña á Víctor Amadeo como compensacion de la pérdida de Sicilia, consintiendo el emperador en dejar el título que seguía dándose de rey de España, y señalando el plazo de tres meses para que Felipe y Víctor Amadeo se adhiciesen al tratado. Contestó Alberoni con despecho, que S. M. estaba decidido á luchar sin tregua, hasta arriesgarse á ser expulsado de España, antes que consentir en tan degradantes proposiciones; y prorumpió en acres invectivas contra las potencias aliadas, y especialmente contra el duque de Orleans, de quien dijo que iba á dar al mundo el espectáculo escandaloso de armar la Francia contra el rey de España su pariente, aliándose para ello con los que habían sido siempre mortales enemigos de la Francia misma.

Esto mismo dijo al coronel Stanhope; y aun añaden algunos que hizo mucho mas, y fué, que enseñándole el ministro inglés la lista de los buques que componian la escuadra británica para que la comparase con los de la española, y presentándole con cierta presuntuosa arrogancia, encolerizase Alberoni, y tomando el papel le rasgó y pisó á presencia del enviado. Y la carta que el almirante Byng despachó desde la altura de Alicante, participando que S. M. británica le enviaba á mantener la neutralidad de Italia, con órden de rechazar á todo el que atacara las posesiones del emperador por aquella parte, la devolvió el cardenal al ministro inglés con una nota marginal en que decía secamente: «S. M. Católica me manda decirnos que el caballero Byng puede ejecutar las órdenes que ha recibido del rey su amo. Del Escorial, á 15 de julio.—Alberoni.»

Poco menos duro estuvo el cardenal con el conde de Stanhope, que vino luego á Madrid á proponer á Felipe la adhesion al tratado que llamaba de la *cuádruple alianza*, suponiendo, equivocadamente ó de malicia, la conformidad de la república holandesa, que rehuía unirse á las otras tres potencias por sus razones particulares, esforzadas por las gestiones del ministro español. El cardenal, picado de la conducta de Inglaterra, alentado con los progresos que iban haciendo nuestras armas en Sicilia, y mas animado con la remesa de doce millones de pesos que acababan de traer los galeones de Indias, insistió en llevar adelante la guerra, y rompiendo las conferencias con Stanhope, le dió su última resolución formulada en ocho capítulos, reducidos en sustancia á decir: que solo podía el monarca español admitir las proposiciones de paz, quedando por España Sicilia y Cerdeña, satisfaciendo el emperador al duque de Saboya con un equivalente, reconociendo que los Estados de Parma y Toscana no eran feudos del imperio, y retirándose á sus puertos la armada inglesa. Esto dió lugar á nuevas contestaciones y recriminaciones mutuas, que hicieron perder toda esperanza de reconciliacion. Por otra parte Alberoni se esforzaba por presentar á Víctor Amadeo la ocupacion de Sicilia, no como acto de agresion, sino como una precaucion tomada para evitar que le fuese arrebatada á su legítimo dueño por las mismas potencias que le habían garantizado su posesion en el tratado de Utrecht, asegurando que solo la tendría en depósito hasta que pudiese volvérsela sin riesgo. Este ardid no alucinó ya al saboyano, que considerándose burlado por las fingidas protestas de amistad de Alberoni prorumpia en amargas quejas contra él, y se dirigía á Francia é Inglaterra haciéndolas responsables del cumplimiento del tratado de Utrecht. De esta manera se culpaban y acusaban unos á otros de doblez y de perfidia, en cartas, notas y manifiestos que se cruzaban; siendo lo peor que á nuestro juicio todos se increpaban con justicia y con razon, pues los sucesos y los datos que tenemos á la vista nos inducen á creer que ninguna de las potencias obraba de buena fe y con sinceridad.

mirante Byng con Stanhope.—Estado político, vol. XVI.—Macanaz, Memorias para la Historia del gobierno de España, tom. I, págs. 132 á 135.—Botta, Istoria d'Italia.

Subieron de punto las quejas y reconveniones del gobierno español al de la Gran Bretaña desde el momento que se supo el ataque de la escuadra inglesa á la española y la derrota de esta en las aguas de Siracusa. El marqués de Monteleon, nuestro embajador en Lóndres, dirigió al secretario de Estado de aquella nacion un papel lleno de severísimos cargos, calificando duramente la conducta del almirante Byng que había obrado como enemigo cuando llevaba el carácter de medianero, acusando de ingrata con España la nacion inglesa, y manifestando no poder seguir ejerciendo su cargo de embajador hasta recibir instrucciones de su corte. Difiriósele tres semanas la respuesta, en tanto que llegaba la relacion oficial del almirante: la contestacion no fué satisfactoria, y en su virtud escribió Alberoni al embajador en nombre y por mandato del rey, diciéndole entre otras cosas: «La mayor parte de Europa está con impaciencia por saber cómo el ministro británico podrá justificarse con el mundo despues de una violencia tan precipitada.... S. M. no puede jamás persuadirse que una violencia tan injusta y tan generalmente desaprobada haya sido fomentada por la nacion británica, habiendo sido siempre amiga de sus aliados, agradecida á la España y á los beneficios que ha recibido de S. M. C.... Todos estos motivos, y aquel que S. M. tiene (con gran disgusto) de ver cómo se corresponde á sus gracias, la reflexion de su honor agraviado con una impensada ofensa y hostilidad, y la consideracion de que despues de este último suceso la representacion del carácter y ministerio de V. E. será supérfluo en esa corte, en donde V. E. será mal respetado, han obligado al rey Católico á ordenarme diga á V. E. que al recibo de esta se parta luego de Inglaterra, habiéndolo así resuelto. Dios guarde, etc. (1)»

Monteleon en virtud de esta órden pasó á la Haya, donde en union con el marqués de Berreti Landi hizo ver á los Estados generales, mostrándoles copias de las cartas, las razones de la conducta del rey Católico. Felipe mandó salir de los dominios de España los cónsules ingleses, y tomar represalia de todos los efectos de aquella nacion, haciendo armar corsarios; y como lo mismo ejecutasen el rey de Inglaterra, el emperador y el de Sicilia, llenáronse los mares de piratas, con gran daño del comercio de todos los países. Con este motivo escribió Alberoni de órden del rey otra carta á Monteleon que comenzaba: «Aunque la mala fe del ministerio británico se haya dado bastantemente á conocer por la injusta é improvisada hostilidad que el caballero Byng ha cometido contra la escuadra de S. M., no obstante como M. Craigs, secretario de Estado, por la carta que escribió á V. E. parece querer persuadir al público lo contrario, es indispensable el repetir á V. E. que este suceso era ya premeditado, y que el almirante Byng ha disimulado su intencion para mejor abusar de la confianza de nuestros generales en Sicilia, bajo la palabra que se les había dado de que no se cometería hostilidad alguna.» Y en uno de los párrafos decía: «No se niega aquí que puede ser haya sido arrestado el cónsul inglés, ó mandado hacer alguna otra represalia, pero ciertamente estas cosas no habrán precedido al combate naval. Y del modo que el ministerio de Lóndres habla, no solamente quiere disponer de los reinos y provincias ajenas, pero pretende tambien que se sufra y disimule la osadía de sus insultos y la violencia de su proceder... (2)»

Del lenguaje empleado de palabra y por escrito entre los ministros de ambas naciones no se podía esperar ya otra cosa que un rompimiento abierto entre Inglaterra y España, y así fué. El rey Jorge I, despues de conseguir que las dos cámaras aprobaran su conducta en el negocio del almirante Byng, y que le ofrecieran los recursos necesarios, procedió á la declaracion solemne de guerra, en un Manifiesto que publicó (27 de diciembre, 1718), culpando, como era natural, al rey de España

(1) Despacho de 26 de setiembre, 1718.—Respuesta del ministro inglés Craigs al marqués de Monteleon.—Belando, part. IV, caps. 26 y 27.

(2) Despacho de 10 de octubre, 1718.—Es extraño que el historiador William Coxe, que conoció tanta correspondencia diplomática y es tan dado á enriquecer con ella su historia, no haya hecho uso de estos documentos.

de la infraccion de la neutralidad de Italia que las potencias se habían comprometido á mantener, de haber llevado la guerra á Sicilia, desoido todas las proposiciones de paz que se le habían hecho, de haber ultrajado á sus ministros y alentado los proyectos del pretendiente al trono de Inglaterra (1).

Tan cierto era esto último, como que Alberoni había enviado agentes á las cortes de Suecia y Rusia para ver de reconciliar á los dos soberanos Carlos XII y el czar Pedro I, que ambos tenían resentimientos con Inglaterra y querían restablecer en el trono de aquella nacion á Jacobo III, ofreciendo para ello la ayuda de España. Y tan adelante fué esta negociacion, que además de haber casado una hija del czar con un hijo del pretendiente de Inglaterra, llegó á convenirse que entre ambas potencias aprestarian una armada de ciento cincuenta navíos de línea con treinta mil hombres mandados por el mismo Carlos XII de Suecia, la cual desembarcaria en Escocia, donde iria tambien la primera expedicion que aprontaría la España: y que para dividir las fuerzas del emperador, entraria el czar Pedro en Alemania con ciento cincuenta mil hombres, y España en su expedicion llevaria al rey Jacobo á Inglaterra, no saliendo de allí hasta dejarle sentado en el trono. Que despues las fuerzas de los aliados pasarían á las costas de Bretaña en Francia para apoyar al rey Católico en su proyecto de derribar al duque de Orleans, y dar el gobierno de aquel reino á una persona que afanzara la corona en la cabeza de Luis XV, desvaneciendo los temores que todos tenían de perderle. Pero Alberoni, que tan reservado era en sus planes, tuvo la flaqueza de revelar la clave de estos al baron de Waclet, y este descubrió todo á los enemigos de España (2).

Si de este modo intrigaba Alberoni contra Inglaterra, no se menudeaba menos para derribar de la regencia de Francia al duque de Orleans; para lo cual no dejaba de brindarle el estado interior de aquel reino, y el gran número de descontentos del gobierno del regente que en él había, entre ellos personas de tanto valer y tan elevada esfera como el mariscal de Villars, el de Uxelles, el duque y la duquesa del Maine, contándose tambien no escaso partido en favor de la regencia del monarca español. El mismo conde de San Simon, tan amigo del de Orleans, asegura que llegó á decirle: «Si el rey de España entrase desarmado en Francia, confiándose nada mas que á la nacion, y pidiese la regencia para sí, confieso que á pesar del sincero afecto que os profeso me apartaria de vos con lágrimas en los ojos, y le reconoceria por legítimo regente. Y si yo que tanto os amo desde que existo pienso así, ¿qué podeis esperar de los demás (3)?»

(1) «Hallándonos empeñados con diversos tratados (comenzaba el Manifiesto) á mantener la neutralidad de Italia, y á defender á nuestro buen hermano el emperador de Alemania en la posesion de los reinos, provincias y derechos que gozaba en Europa, y deseando ardentísimamente establecer la paz y la tranquilidad de la cristiandad sobre los fundamentos mas justos y duraderos que nos fuesen posibles, hemos á este fin comunicado de cuando en cuando nuestros pensamientos y nuestras intenciones pacíficas al rey de España por medio de sus ministros, y teníamos concebida la esperanza que habían de tener su aprobacion.

»Y como el dicho rey de España tenia invadida con hostilidad y de una manera injusta la isla y reino de Sicilia, la hemos hecho proponer amigables representaciones sobre este punto; mas hallándonos obligados á mantener y esforzar nuestras instancias con un armamento naval, enviamos en el verano pasado nuestra flota al Mediterráneo con una flota y sincera intencion de no servirmos de su presencia en aquel mar, sino para sostener la negociacion de paz, á fin de reconciliar las partes que estaban en guerra, y prevenir con aquel medio las calamidades que deberían seguirse.»

Continúa exponiendo, en el sentido que le convenia, los demás pasos dados con el rey don Felipe brindándole con la paz, la negativa de este, las secas y desabridas respuestas dadas á sus embajadores, la confiscacion de los navíos ingleses decretada por el monarca español, atribuyéndole la violacion de los tratados de Utrecht y de Baden, etc., y concluye: «Por estos motivos, poniendo nuestra mayor confianza en la ayuda de Dios Todopoderoso que conoce las intenciones buenas y pacíficas que siempre hemos tenido, hemos juzgado á propósito declararle la guerra al dicho rey de España, y efectivamente la declaramos con las presentes... etc.—Dada en nuestra corte de San James á los 27 de diciembre de 1718, en el año quinto de nuestro reinado.»

(2) Belando, Historia civil, parte IV, cap. 34.

(3) San Simon, Memorias, vol. VII.

Sea de esta asercion lo que quiera, el de Orleans con su desarreglada conducta había ido perdiendo todo el favor y todo el respeto que en los principios de su gobierno le habían granjeado su buen talento y sus maneras agradables, y culpábanle ya hasta de los males y desórdenes que no consistian en él. La duquesa del Maine entabló correspondencia con la reina de España por medio de nuestro embajador en Paris Cellamare. Seguíala tambien el famoso jesuita Tournemine con el padre Daubenton, confesor de Felipe, que era de su misma órden. Se halagó á los oficiales franceses ofreciéndoles ascensos para que se alistaran en las filas españolas, especialmente en Bretaña, donde había muchos descontentos. Y tanto creció la conspiracion, que se meditaba ya apoderarse de la persona del regente, y convocar los estados generales para sancionar el nuevo gobierno, siendo el cardenal de Polignac uno de los que mas en esto trabajaban.

Pero las imprudencias de Cellamare fueron causa de que se recelara y de que llegara á denunciarse al regente una tan bien urdida conspiracion (4). Fió la conduccion á España de unos pliegos importantes al jóven don Vicente Portocarrero, sobrino del cardenal, creyendo que llamaria menos la atencion que un correo ordinario. Mas sucedió que el día que había de partir el jóven en union con su amigo Monteleon, hijo del embajador, uno de los secretarios de Cellamare tenia cita en la casa de una célebre mujer de Paris, llamada la Tillon, famosa zurcidora de voluntades y muy conocida del ministro Dubois; y como llegase tarde y se disculpase con haber estado despachando los pliegos que debían traer los dos jóvenes, apresuróse la Tillon á dar cuenta de ello á Dubois, el cual destacó inmediatamente emisarios que se apoderaran de los viajeros. Fueron estos sorprendidos en Poitiers, cogidos y sellados los papeles, y conducidos á Paris (6 de diciembre, 1718), se los sometió á un consejo, y se publicó un relato de la conspiracion en carta circular á todos los ministros extranjeros (5). Portocarrero fué arrestado, y mandado despues salir del reino.

Habia, en efecto, mediado larga correspondencia secreta entre los reyes y ministros de España y Francia. Felipe escribió algunas cartas á Luis XV, su sobrino (setiembre, 1718), advirtiéndole la poca consideracion del regente en ligarse con los enemigos de la corona de España. Habíase dirigido á los parlamentos, excitándolos á que convocaran los estados generales como único remedio para impedir los males de la política del regente. Envió además un mensaje á los tres estados de Francia, quejándose amargamente del ilimitado poder del duque de Orleans, y de la injusticia de la cuádruple alianza; y los estados le contestaron con un escrito que comenzaba: «Señor.—Todos los órdenes del reino de Francia vienen á ponerse á los pies de V. M. para implorar su socorro en el estado á que los reduce el presente gobierno. V. M. no ignora sus desdichas, pero no las conoce en toda su extension. El respeto que profesan á la autoridad real.... no les permite idear otro medio para salir de ellas, sino por el de los socorros que de derecho esperan de la bondad de V. M.»—Y entre otros párrafos se leían los siguientes: «¿Qué podeis, señor, temer ni del pueblo ni de la nobleza, cuando V. M. venga á poner en seguridad sus fortunas? El ejército de V. M. ya todo está pronto en Francia, y V. M. puede estar seguro de llegar á ser tan poderoso como Luis XIV. V. M. tendrá el consuelo de ver que le aceptan con unánimes aclamaciones por administrador y por regente... ó de ver restablecer con honra el testamento del difunto rey, augusto abuelo de V. M. Por este medio verá V. M. renovarse aquella union tan necesaria á las dos coronas, etc. (6).»

Descubierta que fué la conspiracion, el duque de Orleans,

(4) Atribúyese á este ministro falta de circunspeccion y de tacto en la eleccion de personas para la ejecucion de los proyectos, y cierto aire misterioso que mas excitaba que desvanecía la curiosidad y la sospecha. Parece que en sus expediciones nocturnas se servía del carruaje del marqués de Pompadour, haciendo de cochera el conde de Laval.

(5) San Simon, Memorias, tom. VII.—San Felipe, Comentarios, tomo II.—Memorias de Staal ó Anécdotas de la regencia.

(6) El Padre Belando conoció todos estos documentos, y los inserta íntegros en la parte IV de su Historia civil, caps. 29 á 32.